

Genealogías del aprendizaje

Luis Rodolfo Morán Quiroz

Doctor en ciencias sociales. Departamento de sociología de la Universidad de Guadalajara. rmoranq@gmail.com

El oficio de enseñar y la capacidad de aprender se entrelazan entre sí a lo largo de la vida y, en buena medida, mientras mejor se manejan las habilidades para ayudar a los demás a aprender, mayores son los horizontes que los aprendices logran percibir. En buena medida, no es el caso de transmitir exactamente alguna habilidad para manejar realidades que pueden tornarse obsoletas: las leyes, las tecnologías, las estrategias, las ideas, las concepciones de lo posible y de lo deseable son cambiantes. Distintas culturas, generaciones y grupos conciben desde sus marcos los aprendizajes que deben transmitir a sus sucesores y sus contemporáneos. Un proceso de profesionalización de la enseñanza subyace a buena parte de esas formas de reproducción de las sociedades. No es solo que los ancestros se encarguen de transmitir determinados valores y hábitos, sino que, desde hace siglos, el proceso de enseñar se ha delegado en docentes que se encargan de apoyar los aprendizajes generales (como leer, escribir y hacer cuentas) y los aprendizajes específicos de comportamientos y procedimientos ligados con la naturaleza de las cosas, de los humanos y de las convenciones y patrones que les rigen.

El oficio de la docencia requiere un constante equilibrio entre la tradición y la innovación, además de una apertura a la posibilidad de reconocer que hay otras formas de hacer las cosas y otras formas de aprenderlas. La docencia se convierte en una oportunidad de conocer y a la vez de cuestionar la realidad que nos rodea y de contrastarla con realidades más lejanas en el tiempo o en el espacio.

Es cuento largo y campo amplio

Enseñar y aprender son actividades entrelazadas y simultáneas. Quien enseña se enfrenta al reto de aprender no solo acerca de la materia en la

que instruye a otras personas, sino que debe ser capaz de captar de qué maneras los aprendices podrán captar mejor las enseñanzas y detectar si es necesario comenzar desde habilidades que constituyen un prerrequisito o, si es posible, adelantar algunas etapas gracias a experiencias que sirvan de analogía y de entrenamiento para adquirir nuevas destrezas. La enseñanza requiere de la capacidad de detectar situaciones “como si”, para ampliar las áreas de aplicación de lo aprendido y de lo que está por aprenderse. Como proceso gradual, hay hábitos y habilidades que requieren de constante práctica para luego integrarse en el repertorio de comportamientos de los aprendices. Lo que supone, a su vez, que los docentes han pasado por largos periodos de entrenamiento, instrucción, ensayos y prácticas, que ayudarán a mejorar las experiencias de aprendizaje de los estudiantes. O, al menos, a hacerlas menos dolorosas y más expeditas.

Por más que el refrán popular señale que “nadie aprende en cabeza ajena”, los docentes se esfuerzan no solo en saber su arte, sino en detectar las maneras en que pueden facilitar que otros aprendan ese arte. Los asuntos profesionales, incluso los más secretos, requieren de habilidades para aprenderse. Hasta la habilidad para guardar secretos (y saber qué información es confidencial y cuál no) es algo que se puede enseñar, así como se puede aprender. Los secretos del oficio son también cuestión de aprendizaje, por más que haya quienes los reserven para unos cuantos elegidos capaces de perpetuarlos más allá en sus productos o actividades. De ahí que la preparación para la docencia requiera un nivel adicional de conciencia: no es cuestión únicamente de aprender determinadas habilidades, sino de prestar atención a cómo se transmiten y las alternativas más eficientes para ampliar los campos profesionales del arte, además del arte de enseñarlo. Convertirse en maestro requiere de largos periodos como aprendices, además de la atención necesaria para captar un aprendizaje adicional: cómo evitar los errores y cómo hacer más eficiente y eficaz la enseñanza de las habilidades de cada disciplina.

Trayectorias

La conservación de una tradición y, a la vez, el cuestionarla y proponer maneras alternativas de plantear y resolver los recovecos del oficio,

requiere de una atención a los detalles que también debe aprenderse. De ahí que los docentes que enseñan determinadas tradiciones probablemente hayan también cuestionado: “¿y por qué así?”, además de hacer aportaciones para proponer otras secuencias de acciones, otros materiales, otros resultados, poniendo a prueba no solo la disciplina, sino los aprendizajes recibidos. Hasta encontrar los equilibrios necesarios en los procedimientos y resultados. De tal manera que la tradición se exprese en las trayectorias de formación y de especialización de los docentes en sus disciplinas y en las habilidades para enseñarlas. En buena medida, la docencia requiere que quienes facilitarán el proceso de aprendizaje y a la vez plantearán retos resolubles a los aprendices de su oficio, recorran caminos de formación relativamente establecidos y graduados. En los que serán capaces de incorporar experiencias que probablemente sus mentores no habían concebido, de enfrentar retos novedosos que no se habían presentado a generaciones previas, o dar por sentada la existencia de estrategias que son producto de la experimentación de quienes les antecedieron en la construcción y establecimiento de un área de especialización. De ahí que los docentes hayan pasado por procesos de iniciación, por rituales de paso, por pruebas prácticas y teóricas; por experiencias y retos establecidos por quienes les enseñaron el oficio y que se han transmitido dentro de instituciones y experiencias reconocidas por los especialistas de las disciplinas en las que esos docentes aspiran a ser expertos.

Herencias

¿Quién nos legó nuestros conocimientos y las herramientas del oficio? ¿A quiénes hemos leído y de qué observaciones hemos destacado las actividades a imitar o evitar? ¿A quién hemos decidido emular en nuestros esfuerzos de aprendizaje y en nuestros intentos por ayudar a otros a aprender? ¿De quiénes hemos aceptado retroalimentación y a quiénes hemos rechazado como posibles mentores? En gran medida, las respuestas a estas preguntas nos ayudan a identificar de quienes hemos heredado muchos de nuestros hábitos de aprendizaje y de enseñanza y nuestras formas de definir los productos y procedimientos

a los que deseamos ajustar nuestro actuar. Igualmente podríamos plantear una serie paralela de preguntas respecto a quién deseamos legar nuestros aprendizajes y a quién dejar los objetos ligados al ejercicio de nuestras actividades en la disciplina y en la enseñanza de sus vericuetos. La enseñanza se convierte en un constante don que se pasa a contemporáneos, habitualmente más jóvenes, pero en muchas ocasiones a personas de nuestra edad o a personas mayores que, por nuestra intermediación, acceden a conocimientos o tecnologías recientes.

Influencias

Lo más probable es que, a lo largo de los años de docencia, nos hemos topado con quienes han influido a su vez en nosotros. No solo porque nos han obligado a plantearnos la pregunta pedagógica de cómo ayudarlos a aprender mejor determinada asignatura, sino por sus maneras de concebir la realidad. Sus actividades, sus lecturas, sus comportamientos, sus hábitos, sus temores y hasta sus atrevimientos probablemente han dejado también una huella en quienes oficialmente estamos encargados de hacerles aprender. Nos han influido con sus vocabularios, con sus formas de plantear los problemas, con sus cuestionamientos a la tradición, con sus planteamientos que nos hacen ver alternativas de solución, con sus formas de vestir y de relacionarse dentro y fuera del aula. Las oportunidades de influir y de dejarse influir menudean en las aulas y en la relación pedagógica. Aprendemos hábitos que consideramos deseables y algunos que consideramos deleznable. Así como proponemos a los estudiantes que integren en sus decisiones criterios de decisión respecto a los beneficios para ellos y para otras personas derivados de su comportamiento, los estudiantes influyen en nosotros al plantearnos retos respecto a los límites de lo correcto que en algún momento pudimos considerar con rigidez pero sin rigurosidad. Las formas de pensar, de ver, de razonar de los estudiantes, influyen a su vez en el pensamiento, las perspectivas y la lógica de los docentes y les mantienen en una constante necesidad de atención y discernimiento. En buena medida, es incluso cuestión de justicia: si

estamos obligados a que los aprendices aprecien la efectividad de los razonamientos y procedimientos de determinadas disciplinas, también estamos obligados a considerar sus cuestionamientos y aprender de los aprendices y de sus perspectivas.

Combinaciones de aprendizajes

Aun cuando en los árboles familiares y en las tradiciones disciplinares es posible identificar quiénes anteceden a cuáles otros miembros de las familias o de las disciplinas, la tarea de la docencia no consiste en una sola cascada que va del pasado hacia el presente y se continúa en un futuro. Los flujos de mutua influencia están siempre presentes y es frecuente que los docentes reconozcan que varias de sus habilidades las adquirieron gracias a la interacción con los estudiantes. Así, durante los meses recientes de la pandemia de Covid-19, observamos que los docentes tradicionales, de interacción directa y personal en las aulas, hubieron de pedir ayuda a los estudiantes para manejar las tecnologías que muchos consideraban simples entretenimientos de los jóvenes: interactuar por medio de internet, intercambiar información digital, proponer criterios diferentes para evaluar los progresos de las asignaturas. El aprendizaje de las disciplinas se combinó así con el aprendizaje en otras áreas de actuación. Sin embargo, aun cuando la pandemia reciente destaca por sus contrastes acerca de las prácticas escolares antes y después, no es la única coyuntura en que las crisis o los valles de tranquilidad se conviertan en estímulos para aprender y combinar áreas de aprendizaje que suelen estar presentes pero que no siempre hay quienes estén dispuestas a vincular. El aprendizaje del oficio de la docencia se expresa en la constante preocupación por encontrar otros temas por aprender que nos ayuden a comprender mejor los temas en los que deseamos enfocarnos.

Creatividad frente a ortodoxias

Una conclusión que se deriva de practicar y de observar la docencia es la constante necesidad de innovación a la vez que conservar las tradiciones de lo que se concibe como más eficiente dentro de cada

disciplina en la que nos insertemos como facilitadores del aprendizaje. En ocasiones, los estudiantes se verán decepcionados si no se les plantean retos y problemas por resolver en su camino de aprendizaje. Si es simple repetición sin retos novedosos, la inspiración y el ánimo para aprender se ven frustrados. Así que el papel de los docentes es facilitar el aprendizaje, pero no habremos de confundir ese papel con simplemente hacer más fácil en tránsito por las aulas. Los retos y “mortificaciones” que se expresan en preguntas, ejercicios, lecturas, actividades, productos, escritos ayudan a cuestionar la repetición de lo que “debe hacerse” y estimulan a los aprendices a enfrentar los retos con soluciones que vayan más allá de repetir determinadas respuestas “correctas” y repetidas. El aprendizaje requiere la necesidad de plantear formas novedosas de resolver y de asociar tramos de realidad. Para estimular y plantear esos retos con nuestros docentes, a los que quizá percibimos, en algún momento, como “cruels” generadores de problemas a resolver. Años después, ese aprendizaje de la importancia de los retos que trasciendan los límites de las soluciones previas, nos ayuda como docentes a dosificar los planteamientos y los desafíos a plantear a esos estudiantes capaces de resolver eso y más.